fg-10308

II-6381

MARQUES DE TORRE CABRERA
ROMADCES·DE·EXTREMADURA

Clavero de Alcantara
don·alonso·de·monroy

Introducción

Tiene más bravos mi tierra
que penillas tú me das,
y apenas una se acaba
cuando otra vuelve a empezar

razón tenía el mozo
que esto una noche cantaba
a la bella que no escucha
el amor en que se abrasa.
Y si es la tierra extremeña
cuna de gente bizarra
y en su solar mil historias
caballerescas se hallan,
para qué buscarlas fuera
si las tenemos en casa.

AL velada por la niebla
que entre sus torres avanza
como girones de tules,
como cendales de gasa,
como crespones de seda,
cual velo de desposada

que a medias oculta el busto
y a medias el rostro tapa
para servir de incentivo
a la curiosa mirada;
se destaca sobre un cerro
de Cáceres la arrogancia,
el de encantados palacios,
el de las torres gallardas
el de los anchos adarves,
el de las fuertes murallas,
el de apuntadas ojivas
de esmaltes y filigranas,
el de las calles estrechas
en que cada encrucijada
es un lugar en que suele
hacer el acero falta

para salir del apuro,

y en el que cada ventana

tras de barandal macizo

y celosía calada,

no se vé, más se adivina

el semblante de una dama

que es un faro en las tinieblas

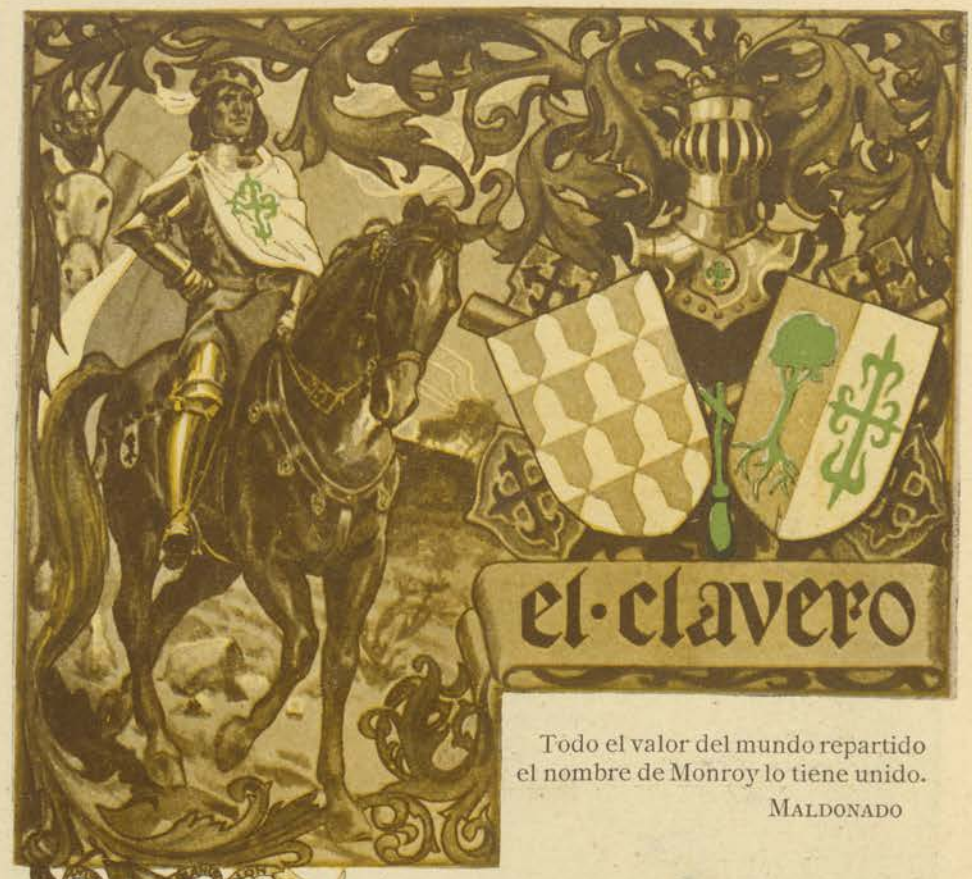
para el galán que la aguarda.

De noble estirpe es la villa

pues que sus muros amparan

con Toledo, Avila y Córdoba

los nobles de toda España.



Todo el valor del mundo repartido
el nombre de Monroy lo tiene unido.
MALDONADO

CON grande prisa camina
Don Alonso de Monroy,
el esforzado clavero
de la distinguida orden
de Alcántara, pues desea
antes que cierre la noche
de llegar como invitado
a las fiestas que dispone

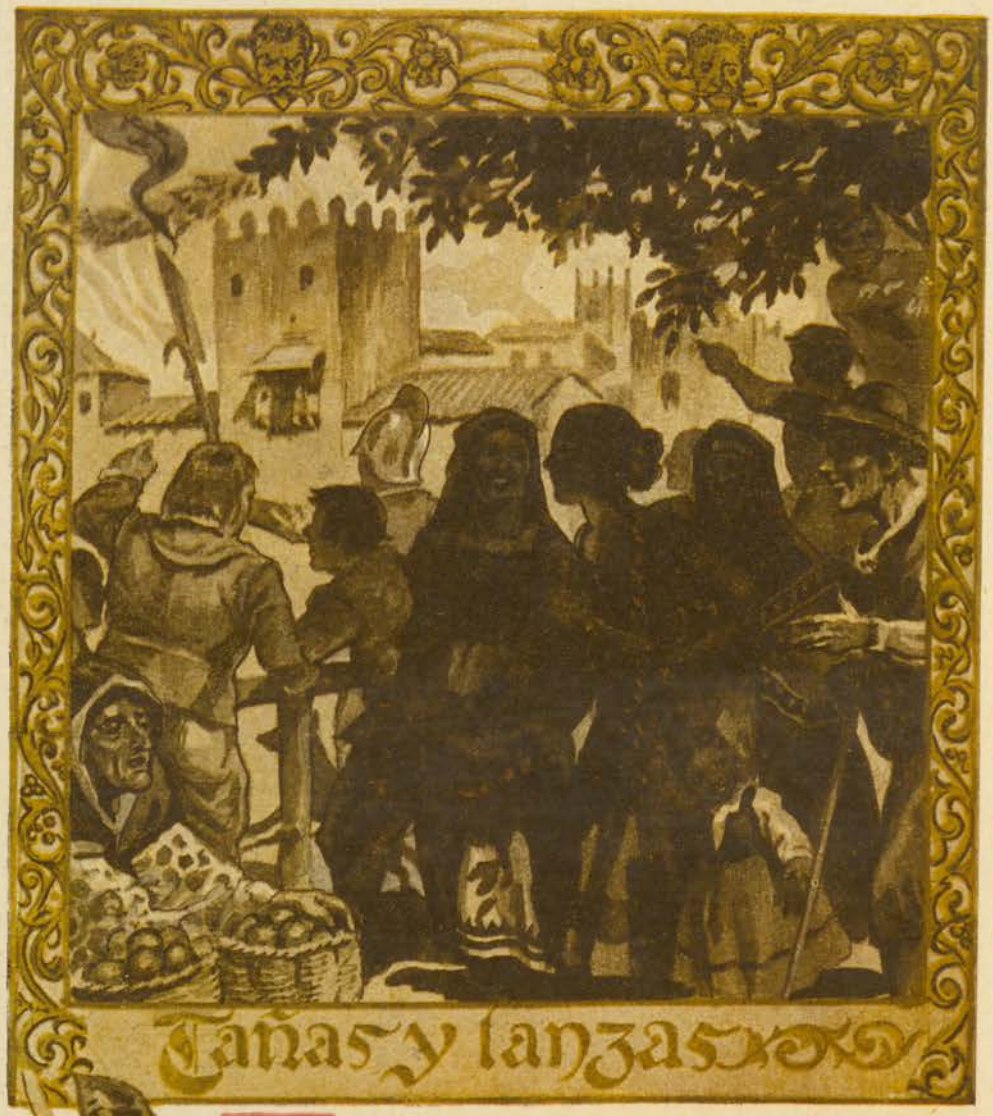
en su palacio de Cáceres
aquel maestre Don ómez
de Solís, que el patronímico
el Rey Don Enrique dióle
desde que ha matado un toro
en su presencia en la corte.
Casa una hermana el Maestre
con un caballero joven,
que en el solar de Trujillo
Francisco Hinojosa, es noble.
Van llegando caballeros,
prevendados, ricos-homes,
para rendir pleitesía
que a tal señor corresponde.
Pero llegan recelosos,
prevenidos, porque entonces
la más pacífica fiesta
solía acabar en golpes.

RAS de copioso yantar
era costumbre entre nobles
la lucha, como recreo
entre los grandes señores.

El novio lleva vencido
a más de dos luchadores
y quiere luchar por último
con Alonso de Monroy.
El Clavero se ha escusado
con estas buenas razones:
"Guardad todos vuestros bríos
„para algo que más importe
„y la dicha que os espera
„no malogréis por un golpe„.
El Maestre que percibe
las palabras, acercose
al Clavero, y que luchara
con insistencia pidióle.
Monroy aceptó el *envite*
como si fuera una orden,
pero quiere que la lucha
fuera con las condiciones

que siempre en él es costumbre
con sola una mano; y pone
para que le aten la otra
y en pie permanece inmóvil.
Hinojosa y sus parciales
cuando tal condición oyen
la rechazan indignados
con agresivo desorden.
Monroy los mira altanero,
con majestuoso porte,
como a hombres de su alcurnia
y su valor corresponde.
Logra calmar Hinojosa
la indignación y el desorden,
y dice, que ni con Hector
lucha en tales condiciones.
Y abandonan el palacio
prevendados, ricos-homes,

tras rendir la pleitesía
que al Maestre corresponde;
pero se van recelosos,
temiendo que se malogre
aquella fiesta, y cual otras,
concluya también en golpes.



TODO es algazara y bulla
alredor de la ancha plaza
cerrada para la fiesta
en que se han de jugar cañas.

El pueblo, que siempre busca
las fiestas y la algazara,
se agolpa en tropel confuso
fuera de la empalizada.
Hay requiebros a una moza
por lo resuelta y gallarda,
y juramentos y ternos
y apretones y palabras;
y —No empujad, dicen unos,
y dicen otros: —¡Canallas!
haber madrugado más.
Silencio imponen los guardias,
a punto que el Maestre asoma
el busto por la ventana,

seguido de su cortejo,

de la novia y de las damas

y el orden se restablece

y la *plebe* queda en calma.

Está un dosel preparado

con las insignias de Alcántara,

forrado de terciopelo

y con bordados de plata,

El primero bajo del

el Maestre se destaca.

Lleva timbrado el ropón

con la cruz flordelisada

y de los hombros pendiente

la vistosa y corta capa.

A su diestra, en el estrado

está la novia sentada,

Doña Leonor, que una aurora

de Mayo lleva por cara,

por dientes tiene jazmines,

y sombrean las pestañas

dos ojos grandes, azules,

en que el cielo se retrata,

anidando en los hoyuelos

que tiene junto a la barba

los amorcillos traviesos,

que tiñen de rosa y grana

las mejillas, que la nieve

las envidiara por blancas.

Viste justillo escotado

de raso, igual que la falda,

cuajado el pelo de perlas

y las manos de esmeraldas,

y prendido sobre el pecho

un joyel de labor rara,

tan sutil y caprichosa

que envidia causa a las damas

y envidia a los caballeros

por el sitio en que descansa;

y agrupadas a su lado

las damas que la acompañan.

Doña Mencia Noroña

con la Reina emparentada,

viste rojo terciopelo

sembrado de flores blancas,

con un brial recamado

de lentejuelas de plata.

Doña Elvira de Saavedra,

joven que en los quince raya,

va de blanco, la pureza

revelando de su alma.

A otro lado Carvajal,

que tiene por nombre Gracia,

y por Dios, que lo merece

por lo discreta y gallarda,

semejando sus contornos

los contornos de una estatua

de líneas curvas y ondas

por el buril difumadas,

que acusa gracias ocultas

y muestran divinas gracias.

Sin más joyas que una flor

en la cintura, está Laura

de la casa de Perero,

y nadie duda al mirarla

que nacieron a la aurora

ella y la flor, como hermanas.

Del balcón en los extremos

dos pajecillos estaban

de pie, como quien vigila

o quien órdenes aguarda.

De comenzar fué la hora

y salieron a la plaza

dos Solises, que regían

dos bestias de buena marca,

una torda, otra peceña,

tan ligeras y gallardas

que a saltos acompasados

cruzaron toda la plaza,

que hermanas también parecen

cual los jinetes, las jacas.

Llevan los caparazones

azules y las gualdrapas

con soles, por ser escudo

que ostentar puede su casa.

Con un airón encarnado

que es el color de su dama,

tras ellos sale Hinojosa

vestido de ricas armas,

caballero en un castaño

que por remos tiene alas;

el frontal de terciopelo

carmesí, sobre las ancas

madroños de seda y oro

prendidos en rica malla.

Sobre un rabicán morcillo

de cabeza acarnerada,

ojos que despiden fuego,

boca que despide lava,

que tal parece la espuma

cuando el recio freno tasca,

envuelto en nubes de polvo

que cuando pisa levanta,

sale gentil y risueño

Don Pedro de Villafayas

con banda azul, y por mote

sólo una letra bordada.

Casi a la par el Clavero

salió a mitad de la plaza

y al pasar junto al Maestre

le saluda y a las damas.

Monta un alazán tostado,

guadianés, de pura raza,

de cabos finos y enjuntos,

pastoso, de grande alzada,

ancho de pecho y carona

y con las crines rizadas

que el viento agita afanoso

al envolverle en sus ráfagas.

Lleva Monroy este día

las mejores de sus armas:

espada de doble filo,

mas tan pesada y tan larga

que ningún brazo pudiera

más que el suyo, manejarla.

De vellorí va vestido

y el robusto pecho esmalta

la cruz verde de la Orden

de caballero de Alcántara.

Lleva manopla de ante,

la visera levantada

de modo que hasta el almete

casi le llegan las barras,

y corona el recio casco

ligera garzota blanca...

Detrás vienen otros varios

caballeros, que tomaban

sitio y cañas que tirar

dentro de la empalizada.

Hacia la parte de Oriente

, formado con recias tablas

hay un andamio muy alto

casi al final de la plaza.

Por cima de él los bohordos

han de pasar; calculada

está la distancia, porque

no rebasasen las vallas

y herir pudiera a la plebe

que sobre ella se agolpaba.

Tiró primero Hinojosa

y tiró bien, las miradas

se fijaron en la novia

que de emoción está pálida.

Quiere tirar un bohordo

Don Pedro de Villafayas,

mas se encabrita el morcillo

y hasta mitad de la plaza

no le puede refrenar,

por lo que toma una lanza

y la rompe en dos pedazos

con destreza desusada.

Han tirado los Solises

diestros en las suertes rápidas,

y el más joven al Clavero

con impaciencia marcada

le dice: "—¿Vos no tiráis?„

"—Si tiro, pero no cañas„.

ha contestado Monroy,

y requiriendo una lanza

y dando espuelas al bruto

la arroja rápida y alta

haciéndose mil astillas

al chocar contra la valla...

Quedó suspenso el concurso

aunque ganas no le falta

de aplaudir, viendo al Maestre

que ha puesto fosca la cara.

Nadie después de Monroy

se atreve a tirar de nuevo

y se revuelve Hinojosa

desatentado y soberbio

al ver que por vez segunda

la prez se lleva el Clavero,

y discurre cómo pueda

vencerle, aunque corra riesgo.

Le ha tirado varias cañas

que Monroy evita diestro,

pero una cerca de un ojo

le tocó, saliendo ileso

por fortuna de tal golpe;

Monroy le dice colérico:

"—Tiráis a herirme, Hinojosa,

„no tiráis cual caballero,

„y pues tiráis a matarme

„parad de esa caña el vuelo„;

y con las fuerzas hercúleas

de aquel gigante de acero

porque es su brazo un ariete

a luchar siempre dispuesto,

le arroja una caña airado

que le da cerca del cuello

y le traspasa la adarga

y aboya el casco de hierro,

con lo que en la arena cae

Hinojosa como muerto.

Rompió la novia en sollozos,

el pueblo grita colérico:

"al que ha matado a Hinojosa

prendedle„; avanza resuelto

sobre el herido el Maestre,

y los demás caballeros

arremeten, empuñando

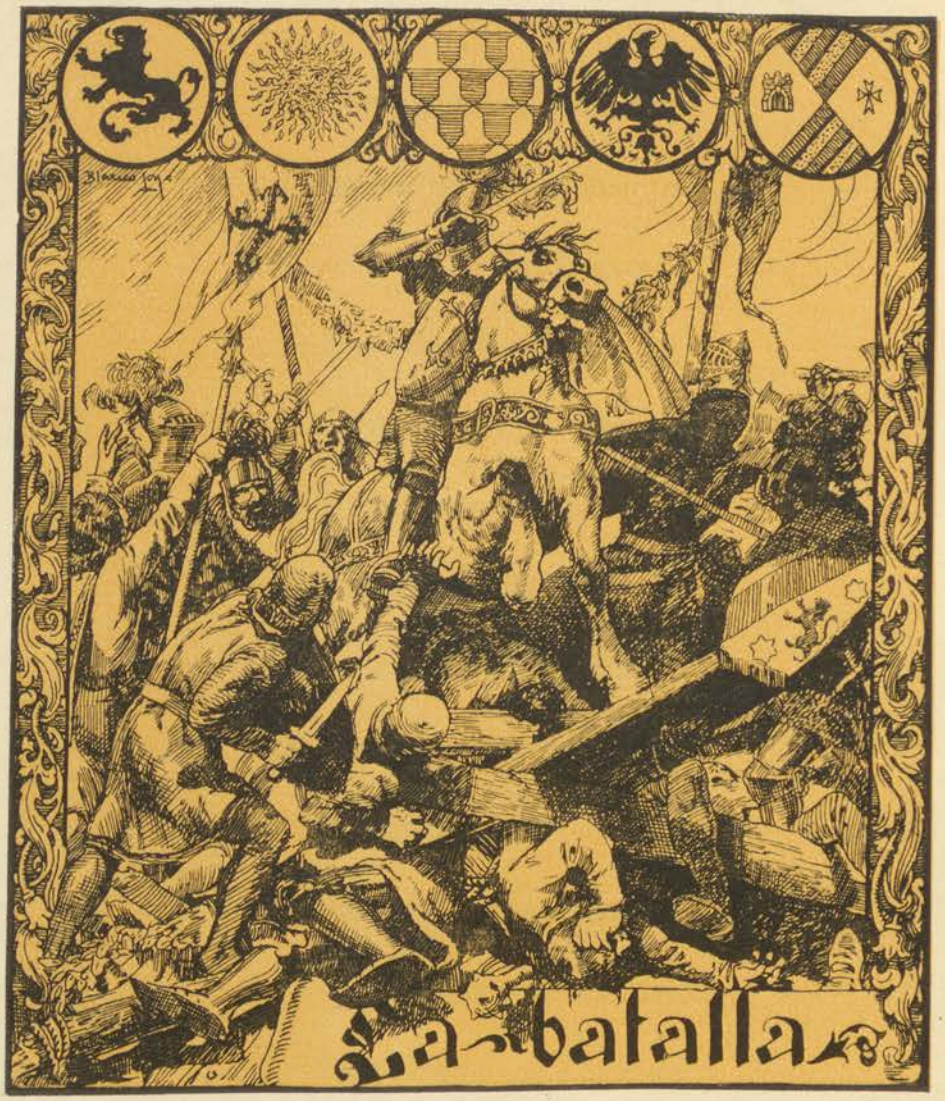
en vez de cañas, aceros,

y corren veloces todos

para dar muerte al Clavero,

y en vez de fiesta, parece

que estalló voraz incendio.



Monroy no se atemoriza,

y con estudiado cálculo

en un ángulo ha metido

reculando su caballo.

Por detrás, la empalizada
le puede servir de amparo,
y por delante, le sobra
con su esfuerzo soberano.
No caben allí de frente
todos juntos, porque el paso
que deja abierto la valla
no tiene nada de ancho,
y con su espada, el Clavero
lo tiene siempre cerrado.
Ya rodaron mal heridos
del Maestre los hermanos,
pues el Clavero no cede
ni al número ni al cansancio;
pero al caer uno de ellos
la espada rota arrojando,

ha herido junto a la cincha,

de Don Alonso el caballo.

Saltó el bruto, echando fuera

a su jinete del ángulo,

y a tal punto, de la adarga

le hicieron cuatro pedazos.

Mas se recoge enseguida

y con movimiento rápido

atrás, vuelve a ocupar pronto

de las tablas el amparo.

Y a tiempo fué, que la grupa

de su caballo alazano

recibe cerca del anca

tan largo y profundo tajo,

que se embarra las cernejas

con la sangre, que hace barro.

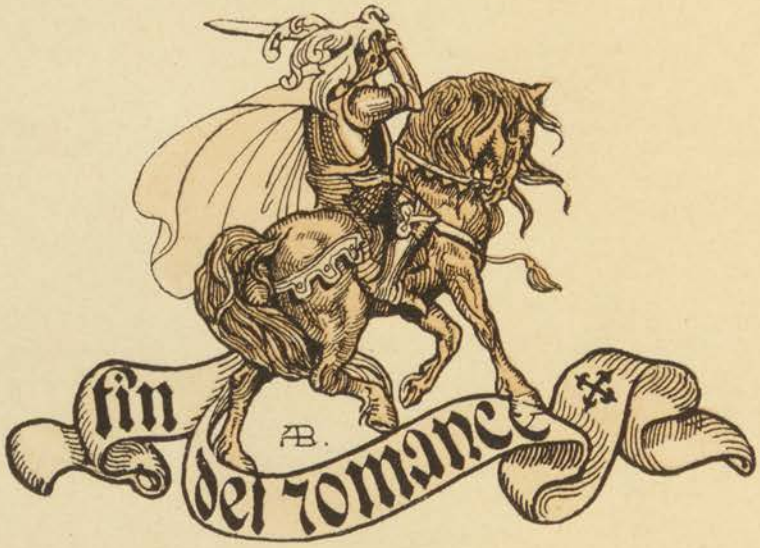
Y repartiendo mandobles
que dejan sangriento rastro
ve se va aflojando el círculo
que formaban sus contrarios.
Con el polvo de la liza
y la luz que va faltando,
no distingue si se acerca
un amigo o un contrario.
El Maestre, que al herido
mandó llevar a palacio,
se acerca al Clavero y dice:
"—Ríndete, yo te lo mando„.
"—No me rindo a los Solises;
„si fuera en abierto campo
„y no estuviera el palenque
„por todas partes cerrado,

„yo probara a tí y los tuyos

„el alcance de mi brazo„.

Dijo el coloso sereno,

y con ademán bizarro

rompe la espada, la arroja

y desmonta del caballo.